

## *Los Beni-Israel en Egipto*

Pronto se percibió en Egipto la llegada de los semitas a las regiones mediterráneas. Ya tenía dos o tres mil años la civilización cuando ocurrió este gran acontecimiento de la historia del mundo. Hasta entonces sólo

había conocido Egipto en la península sinaitica y en los confines del istmo, los *sati* o saqueadores muy parecidos en costumbres al beduino de inferior categoría, pero de raza dudosa. En cambio no ofrece dudas el carácter semítico de aquellos *hyksos* o pastores, que más de dos mil años antes de J. C. irrumpen en la civilización egipcia y fundan en San (Tanis), cerca del istmo, el centro de un poderoso Estado semítico.

Seguramente dichos *hyksos* eran cananeos, parientes cercanos de los hittitas de Hebrón. Hebrón estaba en relaciones con Tanis, y según una tradición, fundada en datos históricos, se habían creado simultáneamente ambas ciudades. Como siempre al entrar bárbaros en una civilización antigua y fuerte, los hiksos no tardaron en egipcianizarse. Edificaron templos egipcios al dios semítico Sutekh (Sydyk) y adaptaron a sus necesidades el jeroglifismo egipcio.

Realmente se cree que fue allí, en San, donde se creó la escritura llamada fenicia o semítica. La necesidad de transcribir nombres semíticos en egipcio llevó al fonetismo, o sea, a escoger unos caracteres jeroglíficos a los que se quitó su sentido para no dejarles más valor que el de signos de sonidos. Los *hyksos* fijaron así la ley de la escritura alfabética y su elección de 22 caracteres, hecha con noción muy justa de la fonética semítica, se ha convertido en hecho definitivo. Dominados por las costumbres del jeroglifismo egipcio, sólo escribieron las consonantes, falta insignificante desde el punto de vista semítico, pero muy importante al adoptar otras razas el alfabeto de 22 letras. Los griegos corrigieron el error a los mil años, haciendo vocales con los aspirados semíticos, formando la escritura que han adoptado todos los pueblos. Hebrón adoptó la invención de los *hyksos* de San y de ella debieron aprender las escrituras moabitas e israelitas, a no ser que la tomaran directamente de San. Aquellos *hyksos* de San debieron influir considerablemente sobre los hebreos que acampaban alrededor de Hebrón, del Mar Muerto, y en los distritos meridionales de Palestina. La antipatía que más tarde existió entre cananeos y hebreos era todavía mínima. Como las relaciones eran en Egipto mucho más regulares que en la Siria Meridional, los *khetas* recibían a veces de los reyes de Egipto ayudas en trigo. De Kades-Berné o de Guerara a los distritos fertilizados por el brazo pelusiaco del Nilo, no había más que unas cincuenta leguas. Al beduino le inspira, como hemos dicho, la civilización organizada un doble sentimiento, de aversión producido por la envidia, y de admiración. Los productos de la civilización son para él cosa de milagro, y la resultante de ambos sentimientos es siempre la atracción. La alegría mayor del semibárbaro es aprovecharse de frutos que no ha creado. El bienestar que disfruta y las ganancias que obtiene en un mundo desconocido para él, le maravillan como un espejismo. Todo le admira: el pan que se le sirve, las cebollas con que se alimenta; pero protesta del trabajo que se le pide, del lugar humilde que se le otorga, del poco caso que se hace de sus cualidades. Se apodera de él una especie de nostalgia y se da cuenta de que se le trata como a un obrero. Se rebela y no piensa más que en el éxodo a toda costa, para echar de

menos al día siguiente la paga que cobraba y las cebollas que comía en lo que llamó «casa de esclavitud».

Actualmente ocurre igual. La infiltración de los árabes en el Bajo Egipto es notable. El árabe se libra durante algún tiempo de la servidumbre, pero luego es asimilado al *fellah* y no se diferencia del resto de la población.

Por muchas causas creemos que la inmigración de los Beni-Israel se hizo en dos veces. Al parecer el primer grupo de israelitas fue atraído por los hittitas de Egipto, mientras que el resto de la tribu vivía en muy buenas relaciones con los hittitas de Hebrón. Recibieron bien a aquellos primeros inmigrantes los hittitas egipcianizados de Memfis y San. Poseyeron posiciones muy ventajosas, tuvieron hijos y constituyeron una familia distinta en Israel, que se llamó más adelante tribu de los Josefel o Beni-Josef. Encontrándose bien en el Bajo Egipto, llamaron a sus hermanos, que obligados quizá por el hambre, se les unieron y fueron igualmente bien acogidos por las dinastías hittitas. Estos recién llegados jamás fueron a Memfis. Permanecieron en las cercanías de San, donde existe la tierra de Gozen, que se les asignó, y en la que siguieron su vida pastoral. La tierra de Gozen es, realmente, como una transición entre Egipto y el desierto. Los egipcios, muy hostiles a los pastores, como lo son siempre los agricultores sedentarios, la dejaban a la gente dedicada a la ganadería.

Hay gran incertidumbre sobre aquellos tiempos remotos, de los que sólo tiene leyendas y errores. Lo único seguro es que Israel entró en Egipto bajo una dinastía favorable a los semitas y se marchó cuando gobernaba una dinastía hostil. La presencia de una tribu nómada en los confines de Egipto debió de ser para este país un hecho de muy poca importancia. No hay vestigios ciertos de él en los textos egipcios. En cambio, el Reino de San dejó en los israelitas un profundo recuerdo. Para ellos San era casi sinónimo de Egipto. Continuaban las relaciones entre San y Hebrón, y aunque es muy dudoso que los jefes de los Beni-Israel, en aquella época remota, tuvieran sus sepulturas en Hebrón, puede suponerse que las dos capitales de los hittitas pensaran en su origen común. Hebrón se enorgullecía del sincronismo que le daba una antigüedad de siete años sobre San.

Los josefitas, que fueron los primeros en llegar, se consideraron siempre superiores a sus hermanos, a los que debían su situación. Creo que aquellos josefitas eran hombres más cultos que sus compañeros de tribu. Sus hijos, nacidos en Egipto, quizá de madres egipcias, apenas eran israelitas. Sin embargo, se llegó a un acuerdo y se consideró a los josefitas israelitas también. Formaron dos tribus distintas: Efraím y Manasés. Fuera de estas dos familias, había también algunos josefitas esparcidos, que varias veces alegaron derechos, pero se decidió que se relacionaran con las familias de Efraím o Manasés. El nombre de José (que significa adición, conjunción, anexión) puede tener su origen en la circunstancia de que, pareciendo extranjero a sus hermanos, aquellos primeros emigrantes necesitaran una especie de adopción para volver a formar parte de la familia de Israel.